

## Prólogo

Elvio E. Gandolfo\*

Amalia Jamilis recordaba con nitidez el momento en que descubrió su vocación literaria. Cuando era chica iba a las sierras de Córdoba con sus padres. Un hombre corpulento solía mirar los juegos que hacían con sus amigos. Un día les ofreció un helado “con cobertura” al que inventara el mejor versito con las palabras “Café El Potosí”, en el espacio de media hora. “Para nosotros la ‘cobertura’ era en ese entonces algo desconocido, fabuloso”, recordaba. Cuando se cumplió el plazo, ella se ganó el helado con este texto: “Nunca en mi vida bebí/ tan delicioso café/ como el café Potosí”. Varios meses después, tuvo la sorpresa sensacional de escuchar las palabras acompañadas de música por la radio (todavía no sabía que se llamaban “jingles”). Casi sin poder creerlo, fue corriendo a contárselo a los padres, eufórica. De inmediato le recriminaron su ingenuidad, por haber dado gratuitamente un material promocional. Pero ella seguía sonriendo. “Había descubierto mi vocación, y también lo que es la vocación, algo muy simple: hacer lo que te gusta”.

Esa elección: el gusto y el placer antes que la ganancia o incluso “el pago justo” (dinero, premios, promoción) puede ser una de las causas de que su extraordinaria media docena de libros de relatos (una verdadera Obra) hayan tenido tan poca difusión o eco, fuera de su momento de aparición. Esto último es importante. Porque cuando aparecieron, los libros fueron publicados primero por “grandes sellos” de la época (Losada, Emecé, Centro Editor de América Latina), y después por otros “de calidad” (Celtia, Legasa, Catálogos). Más aún, los premios no esca-

searon: Fondo Nacional de las Artes (dos veces), Emecé, Pen Club Internacional. Seguramente habrán aparecido comentarios de cada uno de esos libros, pero salvo del último (*Parque de animales*, 1998), los demás habría que rastrearlos en alguna carpeta de recortes, o en alguna colección completa de diarios o revistas. Porque cayeron en esa especie de tierra de nadie que son los años “previos a Google”, o a la edición digital de los diarios.

En mi caso había leído el libro más conocido, por mera difusión masiva: *Los trabajos nocturnos* (1971), que integraba la colección “Narradores de hoy” dirigida por Luis Gregorich en Centro editor. En ese entonces yo compraba todos los números de las series de ese tipo (Capítulo, Biblioteca Básica Universal, etc.). Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, seguramente recordaré el día en que a Sergio Olguín se le ocurrió hacer en su revista *V de Vian* un número dedicado a “algunas mujeres que amamos” (buena idea, levantada de la revista norteamericana *Esquire*). Caída del cielo, me llegó la idea de proponerle a esa cuentista muy buena que había leído en *Narradores de hoy*. Como había un par de meses de tiempo, trataría de conseguir sus otros libros.

Había un hilo importante. Mi amigo Jorge Lafforgue probablemente estaba en la época de Losada, y con seguridad había editado dos de sus libros: *Madán* (1984) en Celtia, y *Ciudad sobre el Támesis* (1989) en Legasa. Así que lo llamé. “Ah, sí, Amalia. Lamentablemente creo que falleció. Pero tengo el teléfono de Bahía Blanca”. Llamé otra vez y no solo Amalia estaba viva, sino que se puso muy contenta de que alguien la estuviera leyendo, estuviera conociendo los frutos de su vocación disparada por el café Potosí. Además me anunció con orgullo que estaba por salir un nuevo libro: *Parque de animales* (1998) en Catálogos, dirigida por el así denominado “pelado” García (en realidad Horacio), a quien yo conocía desde hacía años por su librería Premier de la calle Corrientes. Quedamos en vernos con Amalia Jamilis en Buenos

Aires. De a poco conseguí los demás libros, y pude hacer una nota larga para la revista, que apareció en abril de ese año, mientras que *Parque...* tiene fecha de impresión en octubre. Por otra parte también en 1998 Juan Martini estaba a cargo de Perfil Libros y editó una antología de María Moreno (*Damas de letras*) que incluía “Ola de calor”, un relato de Amalia Jamilis. Cuando leo ahora en una ficha de Internet (no de Wikipedia, donde la entrada sobre ella es paupérrima y no incluye fecha de muerte) que falleció en octubre de 1999 me doy cuenta de que no debimos de vernos y sobre todo conversar más de media docena de veces a lo largo de más o menos un año.

En Buenos Aires, Amalia paraba en un hotel de la calle Lavalle, en una cuadra tan sobrecargada (a esa altura ya con algo de densa arteria oriental) que el hotel, de puerta muy estrecha, había tenido la necesidad de identificarse con un pesado farol antiguo, que se veía de lejos. A su vez le gustaba tomar café en un antiguo establecimiento de la esquina. Y comer en un restaurant que quedaba a la vuelta del hotel.

En uno de los largos meses que demoré en darle vueltas a este prólogo, le escribí a Diego Gándara, que desde hace años vive en Barcelona, para desearle feliz cumpleaños con atraso. En aquel pasado porteño donde nos vimos con mucha frecuencia él hacía reportajes para distintos diarios. También conoció a Amalia Jamilis y conversó con ella. Cuando me contestó, aproveché para preguntarle dónde quedaba ese bar de la esquina, y el hotel. “Vos sabés que ayer, después de tu e-mail, me quedé pensando en Amalia Jamilis”, me contó. “Había estado hojeando algunos de sus libros que me traje (*Parque de animales, Madán y Los trabajos nocturnos*)”. No se acordaba del bar de la esquina. “El hotel (lo sé porque lo tengo apuntado en *Parque de animales*, junto con una dedicatoria) (...) estaba en Lavalle 748 y se llamaba Cabildo.” Se acordaba incluso de la fecha de la entrevista que le hizo, acompa-

ñado por el fotógrafo Hernán Zenteno: 25 de noviembre de 1998.

Por mi parte puedo saber el nombre exacto del restaurant gracias a otra dedicatoria del mismo libro: se llamaba “La posada de Maipú”. Si el recuerdo no me engaña, el bar de esquina con algo de escenografía de viejo cine argentino cambió un par de años después, para ser reemplazado por algo más moderno.

Agrego un dato más, esta vez del presente. No hace mucho, la Biblioteca Nacional difundió una edición facsimilar de la revista *Los libros*. Al hojear el tomo I encontré con sorpresa algo que estaba buscando (una reacción crítica de la época): en la página 7 del número 4 (octubre de 1969) Eduardo Paz Leston comentaba el libro de Emecé: *Los días de suerte*. De manera muy adecuada a estas idas y venidas, el título era “Laberintos de la memoria”.

Cuando conocí en persona a Amalia Jamilis descubrí que era una narradora oral muy distinta a la que era por escrito. Después de charlar un rato recordó algunas anécdotas (recuerdo una: la entrevista con Juan Gelman para concretar una nota para la revista *Crisis*). Sonreía, con apenas un gesto o una inclinación de la espalda se imitaba a sí misma y al otro personaje, y provocaba la sonrisa, después la risa. Tenía una especie de cámara corporal afinada, y muy matizada por el humor. Pasó lo mismo en los encuentros siguientes, donde se mezclaban las opiniones, los entusiasmos o fastidios culturales, la posibilidad de que yo viajara a Bahía Blanca para presentar el libro recién aparecido. Algo semejante le había pasado a Diego Gándara: charlábamos entusiasmados sobre Amalia, nos sonreíamos o reíamos recordándola, y comentábamos aquellos cuentos que nos habían gustado tanto.

El viaje al fin no se concretó. Pero en un momento de esos años en que viví en Buenos Aires tuve la buena ocurrencia de llamarla. Me dijo que no se había podido concretar el viaje a su ciudad, y que tal vez era mejor. Recordé

la frase cuando unos meses más tarde una de sus hijas me llamó para avisarme que había fallecido.

## §

Si pienso en todos los cuentos de Amalia Jamilis me vienen a la memoria algunos momentos aislados concretos. Y un empaste general inconfundible, como el que caracteriza el empaste de los colores de un pintor. Ella daba clases de artes plásticas, pero ese dato no se impone en lo que escribe. Lo que se empasta en imágenes y matices en la pintura, lo hace con palabras y sensaciones de tiempo y de distancia en su narrativa.

Uno también recuerda que son frecuentes los grupos de personajes: mujeres emparentadas, racimos de personajes un poco marginales socialmente, que se trasladan por calles y casas de la ciudad, perdiendo o recuperando integrantes. Y una lista considerable de objetos concretos y precisos de una época: marcas de bebida, de implementos de costura, películas, remedios o bares. Después están los deseos, a veces sentimentales, a veces sexuales o sensuales, a veces de matar a alguien.

En este libro se incluyen sus dos primeros libros. Leídos hoy, *Detrás de las columnas* (Losada, 1967), el primero, establece una continuidad mayor, personal y estilística, con los cuatro restantes de su obra que *Los días de suerte* (Emecé, 1969), el segundo. A los dos libros se agrega el cuento inédito “El reconocimiento”, que mezcla elementos policiales y relacionados con la violencia política, digno de figurar en cualquiera de los libros de la autora.

Se ha hablado más de una vez de la huella de Cortázar en su estilo, no solo en el lenguaje sino en las estructuras, los climas. Pero en *Los días de suerte* se tienden además hilos de relación con cierto clima general de los libros de esos años: un mundo sensible de personajes aislados, manejados por sus impulsos, rodeados de climas asfixiantes o barrios que parecen ocultar detrás de las pa-

redes historias laberínticas. Por momentos un clima que el tiempo ha vuelto decadente invade las cosas y los seres: “A veces tomábamos el tranvía y mirábamos tristemente las calles semi vacías. (...) Sobre las aceras flotaba un humo azul caliginoso”. En “Las salas oscuras” una pareja de niños-adolescentes quedan atrapados por una mujer mayor con deseos nada ambiguos, como si en realidad quisieran caer en la trampa (*La mano en la trampa* era el título de un libro y una película de gran circulación en la época).

En algunos de los relatos aparece la muerte y el crimen, pero también de manera apagada, complicada por la percepción de los personajes. Un tío entre criminal y “chanta” aparece en “Gato en la pared”, uno de los mejores relatos. La posibilidad de ir desplegando una especie de pantalla panorámica en el tiempo a través de dos grupos (mujeres que viven frente “al Royal”, y “Las bandas nocturnas”, que dan título al relato) preanuncian desarrollos posteriores de su obra. De todos modos *Los días de suerte* por una parte se suma casi hasta perderse a cierta narrativa de la época. Por otra es donde más abundan las relaciones con la plástica: “igual a un objeto que el sol día a día atravesaba, como había atravesado antes algunos jarrones finos de mamá, sin envejecerlos, pero dándoles una pátina mate, resquebrajada en algunos sitios”.

En el cuento que da título al volumen hay otra muerte registrada de modo indirecto pero indiscutible. “Tarjetas postales” tiene un eco de las cartas cruzadas para ocultar una muerte en un cuento de Cortázar. Cerca del final aparece la referencia oculta al origen de la vocación: “Abajo se veían los plátanos y una propaganda que decía, nunca en mi vida bebí tan delicioso café como el café Potosí”. Un elemento fuerte y propio que seguirá presente en los libros posteriores es el paseo entre hipnótico y denso por las calles de la ciudad: “Les gustaba pasear lentamente a la hora en que el tránsito era mayor por Rivadavia, mirando las mejores tiendas, los bares con-

curridos, la marquesina de los cines. Comenzaban por el parque Lezica y llegaban hasta Flores, donde, cansadas y soñolientas entraban a algún café”.

En su crítica de la revista *Los libros* Paz Leston apuntaba que Jamilis mostraba lo impenetrable de lo ya ocurrido, más que explicarlo: “nos abruman las imágenes de un pasado que jamás llegaremos a descifrar”. La búsqueda de un sentido produce la escritura, aunque a través de una mediación engañosa: “Nos convertimos en impos- tores de nosotros mismos. En una palabra, escribimos”. También subraya que “el tono confidencial, nostálgico, (...) dramatiza los aspectos dramáticos –y a veces melo- dramáticos– de la narración”.

## §

Como pasa a menudo, *Detrás de las columnas* (1967), el primero, es un libro que parece posterior a *Los días de suerte* (1969), el segundo. Es más amplio y arriesgado, pronostica en su brevedad de III páginas el resto de la obra de Jamilis. Se planta como otros primeros libros de cuentos (*Bestiario* de Julio Cortázar, *La máquina de pensar en Gladys* de Mario Levrero) a decir, en una mezcla de orgullo y curiosidad por el futuro inmediato: “En el cuento, vengo a cambiar las cosas”, sin demorarse en ese sentimiento hasta convertirlo en pose, sino poniéndose a contar de una manera nueva.

El propio título parece sintetizador de lo que Amalia Jamilis hizo (como tantos otros cuentistas de este país cargado de cuentistas): vino a fijarse en lo que hay “detrás de las columnas”. Aunque cuando llega ese cuento (uno de los mejores del libro), hay también un símbolo claro de un dejar “detrás de las columnas” al “negro”, al “cabecita” después de prometerle el oro y el moro. Hay regiones, grandes ciudades enteras (y sobre todo sus barrios) como Córdoba o Rosario, que siguen esperando la colonización narrativa. Muchos cuentos de este primer libro ocurren

en barrios, y también en pueblos, en ciudades chicas. Uno de los más ásperos, “Interior de la figura”, determina con precisión el ámbito y sus consecuencias: “¿Vos sabés lo que es un pueblo, Polo? Pergamino es una ciudad. Es más grande que Tres Arroyos, más que Dorrego, pero al mismo tiempo es un pueblo. En seguida se supo [la sordida historia central de amor y fracaso extremo]”.

En esos lugares (y en los barrios) abundan las vidas atrapadas, que zafan por un breve tiempo: “fue fugazmente feliz. La imagen de la muerte se había desvanecido en medio del rumor de los vasos chocados, de las sillas arrastradas, de las risas”. Son vidas atropelladas por lo que les pasa, pero quien narra sabe más, como intuye un personaje, Washington: “sabía desde un principio que lo más complicado sería contarlo después, y lo tremendo sería justamente eso”.

Aún más que en otros libros, una fuga mezcla de sabor fuerte y calidez pasajera es el alcohol. Un vino no está nada mal, pero hay que agregarle algo de hielo; dos hombres toman tanto que vuelven por Corrientes oliendo fuertemente a Cubana Brandy y a nebiolo; una mujer ofrece a otra un anís picante que ni parece anís; otra se va a traer vermouth y Píneral; el café Cervera de Flores sirve su vermouth de las ocho; otro, un vermouth con pescaditos de las siete; hasta un bombón es inevitablemente de licor.

Mezclada con esas bebidas a veces con nombre de marcas, hay una avalancha de objetos, revistas, remedios, juguetes: números atrasados de *Histonium* y *Para Ti*; fotos de Alberto Margal, Perlita Mux y panfletos de la escuela Basilio; el pop-choclo (como lo escribe Jamilis); los polvos Rachel (sic); la friega con Untisal; el Espasmocibalena, el Benadryl, los supositorios de Pectobrón; las masitas Bay Biscuit; el té Mazzawatte; las pasas Corinto; la colonia Lancaster; la gomina Brancato; discos de la primera época de Coltrane, de Grapelly, de Chet Baker. Una niña que cuenta sesgadamente una tragedia usa una de

esas imágenes al ver el cielo: “arriba, muy alto, había una nube que sin ningún esfuerzo, se parecía al ratón aerodinámico de los jueves en el Novedades, cuando vamos con Dominga”.

Así apiñados, estos elementos pueden sugerir el costumbrismo, una antropología narrativa de una época. Pero aparecen fugaces, eficaces, en los 16 relatos incluidos en las poco más de cien páginas de *Detrás de las columnas*. Me fijé un límite: releer solo los dos libros que tenía que prologar. Pero como en otros de sus títulos, Amalia Jamilis tiene algo de contempladora comprometida, a la vez despegada y muy participante de la vida de sus personajes. Más de una vez he pensado al leerla en sus posibles lecturas: se me hace que leyó a Faulkner, a por lo menos a un par de las grandes sureñas norteamericanas (Flannery O'Connor, Carson McCullers), a Capote, incluso al mejor Onetti.

También la asocié con un modo de narrar de mujer apartado de las facilidades y ventajas de un narrar “femenino”, posterior a cierto “avance” de las mujeres en sus facilidades relativas de escritura y difusión, para entroncarse con otro, fuerte y antiguo. El de las hermanas Brönte, el de las cuentistas norteamericanas del siglo XIX que contaban historias de mujeres internadas por sus maridos en manicomios de empapelado amarillo; en el de la Edith Wharton de *Ethan Frome*. Más cerca, en el de Jane Bowles, en el de Anna Kavan.

## §

Por segunda o tercera vez, rescatamos aquí a Amalia Jamilis quien, por otra parte, nunca lo ha pedido. No se sabe qué pasará. Pensé en las dificultades de otras dos grandes cuentistas argentinas para mantenerse mínimamente en el ojo público. Una de ellas logró al fin afirmarse definitivamente gracias a un tomo de cuentos completos: Hebe Uhart. Otra, Delia Crochet, sigue siendo casi desco-

nocida, y tuvo la desgracia de fallecer en 2011. Ahora que prologo un libro doble de Amalia Jamilis que aparecerá en la provincia de Córdoba, aprovecho para recomendarles que si quieren seguir con cuentos así, complejos y lúcidos, tajantes, cargados de gracia y sabiduría para el detalle, no se pierdan *Decir ahora* (Alción), y *La forma de la manzana* (Recovecos) de Delia Crochet, publicados en esta misma provincia. Cuando aún no las conocía, los cuentos de estas tres mujeres me rompieron la cabeza. Después las conocí y las descubrí como apasionadas lectoras, escritoras, filósofas, calmadas contempladoras de la aventura humana para después entregarla como pocos cuentistas, de cualquier sexo, lo han hecho. Ahí dejaban lo demás de lado y disparaban sus relatos con la puntería de un arquero zen.

MONTEVIDEO, 19 DE NOVIEMBRE DE 2012

\*ELVIO E. GANDOLFO nació en Mendoza en 1947, y desde 1948 vivió en Rosario. Más tarde en Buenos Aires y Montevideo, donde reside hoy. Colaboró con revistas y diarios de Buenos Aires y Montevideo. Publicó *La reina de las nieves* (1982), *Dos mujeres* (1992), *Cuando Lidia vivía se quería morir* (2000), *Cada vez más cerca* (2013, Premio de la Crítica en la Feria del Libro 2014), *Boomerang* (1993) y *El año de Stevenson. Primer trimestre* (2014), entre otros.